

**Intervención del Presidente del Partido Socialista, Gonzalo Martner, en acto de homenaje al Presidente Salvador Allende, realizado en el Cementerio General, con motivo de cumplirse 30 años del golpe militar
11 de septiembre de 2003**

No es fácil para ninguno de nosotros, creo, pronunciar hoy palabras que puedan reflejar la emoción que nos embarga a treinta años exactos de la muerte heroica del Presidente Constitucional de Chile Salvador Allende Gossens. Treinta años es mucho tiempo, pero se nos agolpan frente a la tumba en la que descansan sus restos los recuerdos y los sentimientos que nos inducen al recogimiento y al silencio. Quiero entonces iniciar este homenaje de los socialistas chilenos a quien fuera el mejor de los nuestros citando al poeta Humberto Díaz Casanueva: "Allende no fue un dios, fue un hombre; no requiere de orantes en el camino de su Gólgota, pero sí de cultivadores de su fe y de su significación. Allende fue leal con nosotros; nosotros debemos ser leales con él". Aquí estamos entonces los leales a su legado, pero yo agregó que no solo por deber sino que por convicción íntima y profunda. Aquí estamos recogiendo con orgullo un legado que realimenta día a día a quienes lo acompañaron en su gesta, y hoy están aquí con nosotros, legado que también nos nutre a los que formamos parte de las nuevas generaciones de socialistas y que tanto ha marcado nuestras vidas. Este legado a su vez nos trasciende, porque quedó indeleblemente escrito en la historia chilena y universal.

¿Porqué esa herencia nos conmueve? Porque además de su inconmensurable valor propio se enraiza en nuestro pasado como Nación. Allende alimentó su temple y sus sueños libertarios y de justicia social en su propia biografía familiar inscrita en la historia de Chile. Sus tatarabuelos Allende Garcés lucharon contra los españoles en la guerra de la Independencia como parte de las milicias de O'Higgins y del escuadrón de los Húsares de la Muerte de Manuel Rodríguez. Uno de sus bisabuelos, Vicente Padín, fue decano de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile y colaboró como médico en la Guerra del Pacífico. Su padre luchó en la batalla de Concón en la guerra civil de 1891 y su tío Arsenio Gossens murió fusilado. De modo que dar la vida por sus ideales no era algo ajeno para Salvador Allende.

Su vocación por la lucha social y política se inspiró también de su abuelo, el Doctor Ramón Allende Padín, Gran Maestro de la Masonería y pionero de la salud pública chilena, que en 1873 en un discurso de candidatura a diputado respondió así a sus adversarios que lo motejaban de rojo: "Rojo, pues, ya que es preciso tomar un nombre y aunque éste me haya sido impuesto como infamante. Rojo, digo, ¡estaré siempre de pie en toda cuestión que envuelva adelanto y mejoramiento del pueblo!". Esta exclamación fue pronunciada exactamente un siglo antes de la muerte de Salvador Allende en la Moneda por el abuelo médico y político que el nieto no conoció, pero que inspiró su compromiso con los desposeídos y lo impulsó a mantenerse siempre de pie. Ese compromiso lo solemnizó en el funeral de su padre, del que Allende heredó la alegría de vivir, al que pudo asistir estando sometido a un juicio en la Corte marcial en 1932, ya enfrascado en la lucha social, en el que señaló: "alcanzó a decirme que sólo nos legaba una formación limpia y honesta y ningún bien material" y en el que Allende

se comprometió a dedicar su vida a la causa de la justicia social. Y así lo hizo hasta el último de sus días.

Pero este compromiso no sólo nació de su entorno inmediato. Nació también de la sensible observación de las injusticias ancestrales de nuestra patria y de un directo contacto con gente modesta de nuestro pueblo. A sus 15 años, trabó una amistad con el anarquista zapatero Juan Demarchi de quien, aunque mucho mayor, llegó a ser un discípulo verdadero y que tuvo sobre él una influencia duradera, que se expresó siempre en el cariño con que Allende se refirió a su pueblo, a los trabajadores, a las mujeres, a los campesinos, a los jóvenes. Ahí están sus últimas palabras que constituyen un postrer testimonio conmovedor de su particular sensibilidad.

Fue Allende un inquieto estudiante de medicina y dirigente estudiantil y muy pronto fundador del Partido Socialista en Valparaíso en 1933, ya como médico comprometido con su pueblo. Dijo poco después, en medio de las convulsiones de los años treinta, lo que retrataría su trayectoria de toda una vida como socialista y demócrata: “Los partidos de derecha armaron la milicia republicana, con armas del Ejército y de los Carabineros. En cambio, nuestras milicias no tienen armas. Las únicas armas son su espíritu de disciplina y su convicción ciudadana”. Estas palabras resuenan hasta nuestros días.

Luego de diversas persecuciones, a los 29 años triunfó en su primera elección popular como diputado por Valparaíso y Quillota en 1937. Con el triunfo del Frente Popular en 1938, abandonó el parlamento para transformarse en el ministro de salud más joven de la historia de Chile, a los 30 años. En un momento de crisis del Frente Popular, acompañó al Presidente Aguirre Cerda en un episodio conocido como el “ariostazo”, cuando le fue ofertado a aquel Presidente, para el que gobernar era educar, escapar a Valparaíso, lo que fue rechazado por Aguirre Cerda en los siguientes términos: “El Presidente de la República no se somete a un faccioso. De aquí no me sacarán sino muerto. Mi deber es morir en defensa del mandato que me otorgó el pueblo”. ¡Como no impresionarse con estas palabras pronunciadas casi en los mismos términos por nuestro querido Presidente Allende poco más de treinta años después! ¡Como no pensar que tenía vívida en su memoria esa actitud digna de un Presidente de izquierda del que había sido ministro! Instado a renunciar el 11 de septiembre de 1973 y a abandonar el país por el golpista Almirante Carvajal, contestó Allende, luego de una enérgica réplica: “Usted está hablando con el Presidente de la República. Y el Presidente elegido por el pueblo no se rinde”. Nada es casual en la actitud del Presidente Salvador Allende Gossens en ese 11 de septiembre de 1973.

Como no fue casual que ya como senador en 1945, Allende iniciara el largo camino de unir al pueblo tras las banderas de la democracia y de la justicia social. Fue candidato a Presidente en 1952, 1958 y 1964, con derrotas de las que se repuso rápidamente poniendo por delante el tesón que lo caracterizaba, buscando siempre ampliar las fronteras de su convocatoria a partir de convicciones férreas: debían transformarse revolucionariamente las estructuras de dominación para alcanzar lo que él llamaba las “libertades sociales” y la autonomía nacional, pero con el método democrático. Terminó

por triunfar en 1970 su vía chilena al socialismo, que no nació de un día para otro. Fue su proyecto de toda una vida. Recordemos un episodio de su época de estudiante, cuando en los años 20 el grupo universitario al que pertenecía, el grupo Avance, se volcó con entusiasmo juvenil a establecer en Chile los soviets de “campesinos, trabajadores, soldados y estudiantes”, a lo que Allende se opuso calificando la propuesta de imitación torpe de la experiencia bolchevique, que no podía tener éxito en Chile. “Era una locura, explicó en 1972 ante los estudiantes de Guadalajara, yo dije que era una torpeza infinita”, entrando por primera vez, muy joven, en conflicto con la ortodoxia ideológica y con el voluntarismo político. Fue expulsado del grupo. Pero Allende nunca dejó de usar su poder de convicción con sus compañeros de partido y especialmente con los jóvenes revolucionarios para instarlos a encaminar sus esfuerzos y radicalidad por la senda de la construcción responsable de una estrategia de cambio que no abandonara los cauces de la democracia. Gastó innumerables horas en ese empeño, hasta el fin de sus días. Muchos jóvenes que manteníamos posiciones radicales inspirados en la gesta guevarista, entre los que me contaba, no supimos escucharlo. Su lealtad con la izquierda y la causa popular fue siempre irreductible, pero desde la construcción de una vía original y chilena de una sociedad igualitaria y justa, en libertad y pluralismo. Relata su asesor Joan Garcés que en la última conversación familiar del 10 de septiembre de 1973 dijo Allende: “nosotros no podemos romper la legalidad porque somos precisamente el gobierno. Siempre hemos luchado a favor de que el respeto por la ley en un Estado democrático corte el paso al despotismo o la arbitrariedad, evitando que los chilenos acaben matándose unos a otros, así como para asegurar a los trabajadores sus conquistas”. Terminaría de preparar más tarde su discurso, nunca pronunciado, en el que anunciaría al día siguiente, martes 11 de septiembre de 1973, una convocatoria a plebiscito para dar un cauce democrático a la crisis que vivía el país. Nunca se apartó Allende de sus convicciones democráticas. Los que dicen lo contrario mienten. Como tampoco nunca se apartó de su proyecto de cambio social, lo que a todos consta. Como tampoco nunca se apartó de su decisión férrea de no someter la dignidad del cargo de Presidente de Chile que le había conferido el pueblo a quienes se imponían brutalmente con la fuerza de las armas, en un acto de baja traición que todavía le duele a la historia republicana de nuestra Patria.

Prefirió Salvador Allende terminar con su vida con mano propia alrededor de las dos de la tarde, como serenamente lo había anunciado a los chilenos a las 9 y 10 minutos del 11 de septiembre de 1973: “Yo no voy a renunciar” dijo. “Colocado en un trance histórico pagaré con mi vida la lealtad del pueblo”. Entre tanto, combatió personalmente a las fuerzas golpistas, soportó un feroz bombardeo aéreo que destruía el símbolo de nuestra república democrática, el palacio presidencial de la Moneda, no sin antes hacer todos los esfuerzos por salvar la vida de todos sus colaboradores, incluso los que habían jurado defender hasta la muerte a su Presidente. Su empeño logró éxito sólo en mínima proporción, pues la mayoría de los que lo acompañaron hasta el final, y a los que no quiso seguir exponiendo, fue fríamente asesinada, después de atroces torturas, en las horas y días posteriores. Ante todos ellos nuevamente, 30 años después, nos inclinamos respetuosos, en nombre de los socialistas chilenos de todas las generaciones aquí presentes y de los que en todo Chile y el mundo recuerdan hoy los aciagos días de septiembre de 1973, por su fidelidad y heroísmo. Nos inclinamos por

cierto ante los compañeros que el Partido Socialista había puesto a disposición del Presidente Allende para cautelar su seguridad personal y que se mantuvieron junto a él hasta el último momento.

No hubiera sido posible el proceso de largas luchas que permitió con tanto sacrificio derrotar a la dictadura y llevar a la Concertación al gobierno, no habría sido posible la inmensa solidaridad internacional que fue determinante en la lucha contra Pinochet, sin el ejemplo de dignidad que constituyó la inmolación del Presidente Allende y que a todos hoy nos inspira y nos obliga. Como dijera el Presidente Lagos, no hay mañana sin ayer, no hay futuro sin pasado. Nos inspira hoy, día a día, la lección de dignidad frente a la indigna acción de los golpistas. Nos inspira la lección de valentía frente a la cobardía y traición de los generales golpistas. Nos inspira la lección de consecuencia del líder que señaló el camino en su última intervención, en aquel discurso jamás escrito y que jamás se borrará de nuestra memoria, en que nos dijo:

“Tengan la certeza de que la semilla que entregamos a la conciencia digna de miles y miles de chilenos no podrá ser segada definitivamente. Tienen la fuerza, podrán avasallarnos, pero no se detienen los procesos sociales ni con el crimen ni con la fuerza. La historia es nuestra y la hacen los pueblos.

Trabajadores de mi patria: quiero agradecerles la lealtad que siempre tuvieron, la confianza que depositaron en un hombre que sólo fue intérprete de grandes anhelos de justicia; que empeñó su palabra en que respetaría la Constitución y la ley y así lo hizo.

Trabajadores de mi Patria: tengo fe en Chile y en su destino. Superarán otros hombres este momento gris y amargo donde la traición pretende imponerse. Sigán sabiendo que, mucho más temprano que tarde, de nuevo se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre para construir una sociedad mejor”.

Señaló hace poco el oficial de Investigaciones encargado de la seguridad presidencial que a partir de ese día fatídico, de no haber permanecido leal, nunca más hubiera podido mirarse en el espejo. Decimos nosotros que sin el ejemplo del Presidente Allende, no hubiéramos podido abonar el camino que nos señaló y que nos ha llevado a recuperar la democracia, constituir esta fuerza indestructible que es la Concertación, gobernar a Chile por el bien de Chile y seguir bregando por nuestro sueño de una patria libre y justa.

Presidente Allende: a treinta años de tu muerte y de tu ejemplo imperecedero, los socialistas te rendimos el único homenaje que mereces: renovar nuestro compromiso con tu causa, con las banderas de la democracia y el socialismo que dieron sentido y razón a tu vida y a tu muerte y que seguirán abriendo paso a paso las grandes alamedas por donde pase el hombre libre para construir esa sociedad mejor por la que todo lo diste.

Estamos orgullosos de Salvador Allende luchador incansable, de Salvador Allende Presidente de Chile, de Salvador Allende militante socialista, de Salvador Allende compañero.

Pero no sólo los socialistas y las mujeres y hombres de izquierda estamos orgullosos de tu ejemplo. Permitánme citar las palabras de un gran chileno sobre Salvador Allende: “su razón para vivir como hombre y para morir como hombre, se eternizará no solamente en calles y avenidas; en plazas y en estatuas, sino en millones de niños chilenos que se asomarán al mundo de la cultura y de la historia patria, aprendiendo a leer y a escribir su nombre, de generación en generación, mientras Chile sea Chile”. “Como Portales, como Balmaceda, como otros chilenos insignes, Allende escogió. Y escogió a los millones de pobres que esperan contra toda aparente esperanza. ¡Como Portales, como Balmaceda, pagó con su vida la opción que libremente escogió”. Ese gran chileno tiene por nombre Radomiro Tomic.

Presidente Allende, con todos los chilenos dignos, te decimos a treinta años de tu muerte: ¡Honor a tu memoria! ¡Viva Chile!